

El lenguaje silencioso

Julián Sanz Pascual

El desarrollo de los medios de comunicación puede habernos llevado a pensar que todo se puede comunicar por signos, bien hablados bien escritos. Sin embargo el hecho es que hay unas significaciones que los desbordan, es lo que pudiéramos llamar la *metafísica del lenguaje: el lenguaje silencioso o lenguaje inmaterial*. Todo lenguaje tiene tres funciones básicas: la de *comunicar*, la de *incomunicar* y la de *defenderse del efecto comunicador*. Un lenguaje que sólo fuese de signos serviría para *comunicar*, nunca para *incomunicar*, menos aún para *defenderse del efecto comunicador*.

EL LENGUAJE SILENCIOSO

El lenguaje, en general, se puede decir que es una especie de pozo sin fondo en el que jamás se llega a descubrir el límite de sus posibilidades. Dentro de éstas, la más increíble es la de poder comunicar sin signos. ¿Cómo es esto posible?

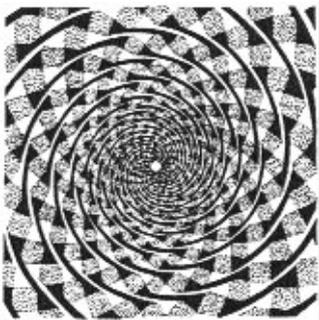
Conviene comenzar diciendo que la mera presencia de un signo no lo hace significar. Podía extenderse a la mera presencia de una cosa. Una hoja en blanco, por ejemplo, no dice nada. Sin embargo, para que esto fuese absolutamente cierto, esa hoja debería estar

absolutamente descontextualizada, lo que es prácticamente imposible. Una hoja en blanco abandonada en el campo indica, entre otras cosas, abandono. Si la encontramos en el buzón de nuestra casa, no significa nada o muy poco: quizá el despiste de alguna persona, una broma tal vez. Mas si empezamos a recibir hojas en blanco y además con una cierta periodicidad, entonces ya puede empezar a preocuparnos. La hoja significa como signo, también significa el que no tenga signos. Si un día estas hojas dejan de aparecer en nuestro buzón, eso también significa. Significa que una persona no hable: puede que sea muda, que esté aburrida, que esté enfadada; puede que tenga miedo de hablar, que esté absorta en un tema que requiera toda su atención, puede que quiera decirnos algo que nosotros sabemos muy bien.

Eduard T. Hall tiene un interesante librito cuyo título se corresponde con el de este artículo, *El lenguaje silencioso*. Es un intento de desentrañar la *gramática* de esa forma de comunicar. Porque, contra lo que se pudiera imaginar, el lenguaje silencioso constituye un mundo inmenso, riquísimo y variado, paradójico también como corresponde a cualquier lenguaje. Suele servirnos para completar el lenguaje de las palabras que todos usamos a diario, pues el silencio a veces dice mucho más que las palabras: "Interpreta mi silencio" es una frase hecha, acaso un tanto teatral.

EL SILENCIO EN LAS ÓRDENES RELIGIOSAS

Considerando el tema de una manera global, pienso en aquellas formas de vida que han elegido algunas personas, sobre todo en el pasado, y que hoy nos resultan tan extrañas: las de ciertas órdenes religiosas que tienen como precepto más singular la limitación tajante del uso de las palabras, pues tienen prohibido utilizar una más de las estrictamente necesarias para poder convivir. Suponemos que no es que renuncien a la comunicación, sino sólo a la verbal. Se supone que la palabra es el descorche por donde se disipa el espíritu. Se corta la comunicación con las personas, o se la limita casi de manera total, se corta la comunicación con las cosas a través de los sentidos exteriores, lo que obliga a vivir en un permanente recogimiento interior. Suponemos que ese silencio de las órdenes religiosas no quiere ser puramente negativo, sino que lo que pretende fundamentalmente es invertir el proceso de la comunicación, mejor diríamos, el proceso de la certeza, pues ya no va de fuera hacia adentro, que es como la ciencia *mundanal* nos enseña, sino de dentro hacia afuera. “La verdad habita en el interior del hombre”, es una frase atribuida a San Agustín. Sin duda San Agustín se refería a lo que el hombre tiene de intemporal y eterno, de inmutable por tanto.



EL SENTIDO DEL TIEMPO

Todos los seres naturales, sin embargo, nos encontramos dentro de una temporalidad, pues todos somos dinámicos, tanto los seres racionales como los irracionales como las plantas, incluso las cosas. Ahora bien, el sentido de la temporalidad no se desarrolla por igual en toda clase de seres. Los inanimados, aunque la

ciencia hoy también los considera como dinámicos, no sabemos si tienen sentido de la temporalidad, pero sí hay razones para entender que las plantas lo tienen: su desarrollo cíclico así parece exigirlo. En cuanto a los irracionales, parece claro que algunos hasta tienen conciencia de él y manipulan a sus propios congéneres o a los animales de otras especies engañándolos. En cuanto al hombre, ya podemos avanzar un paso más para concluir que, además de tener sentido y conciencia del tiempo, se ve claramente que no para todos los individuos es igual, más aún, que tampoco es igual en las diferentes culturas. Basta pasar de una a otra para percibirlo, de un país a otro, de una región a otra por más que parezcan estar dentro de la misma cultura. Así, podemos encontrarnos en situaciones ambiguas y hasta comprometidas cuando vamos a un país extraño, incluso a veces a una casa extraña aunque esté al lado mismo de la nuestra. Esto ocurre por el diferente sentido del tiempo que se puede haber desarrollado en cada caso, el sentido de la puntualidad por ejemplo.

De país a país las diferencias pueden ser muy profundas. Me contaba un diplomático español que, a poco de haber sido destinado a la embajada de Bonn, en la antigua República Federal Alemana, recibió la invitación de un diplomático alemán para ir a cenar a su casa en una fecha para la que aún faltaban casi tres meses. El diplomático español, de manera espontánea, no pudo por menos de decirle al alemán: “Para esa fecha me puedo haber muerto”. Entonces el alemán, de manera espontánea también, le preguntó muy serio: “Ah, ¿es que está usted enfermo?”. Era indudable que el sentido del tiempo del español y el del alemán eran muy diferentes: en el segundo había un sentido de la programación muy profundo, en el primero lo había de la improvisación.



En esta misma línea abundan los ejemplos que propone Hall en el libro citado. Se refiere, entre otros

casos, al contraste que se da entre el sentido del tiempo que tiene un norteamericano y el de un indio norteamericano o un latinoamericano. “Los norteamericanos - dice él - tratamos el tiempo como si fuese algo material, lo ganamos, lo gastamos, lo ahorramos, lo perdemos”. Es “el tiempo es oro” atribuido a los ingleses. “Para nosotros - prosigue Hall - es un poco inmoral hacer dos cosas a la vez. En Latinoamérica no es raro que una persona tenga varios empleos simultáneos que atiende desde su despacho o a los que accede en lugares diferentes, y que dedica poco tiempo a cada uno”.

“Esta valoración tan material del tiempo (de los norteamericanos) hace que nuestros planes hacia el futuro sean muy limitados. Aunque miramos hacia él - concluye Hall -, nuestra visión del mismo es muy limitada. Para nosotros se trata de un futuro previsible, no el que emplean los pueblos surasiáticos, que puede alcanzar siglos”¹. Quizá el autor se haya quedado corto y pudiera muy bien haber dicho milenios, por no decir la eternidad, que sería el tiempo infinito o el fin de los tiempos.

En cuanto a la valoración del futuro, ya en el plano cotidiano, Hall dice: “Los directores de fábrica de los Estados Unidos saben perfectamente la significación de entregar un comunicado a mitad de la mañana o por la tarde. Cuando quieren comunicar algo importante, se preguntarán cuándo hacerlo. En cuanto a la vida de sociedad, una joven se siente ofendida si alguien a quien no conoce mucho la cita en el último momento, y la persona que envía invitaciones para un almuerzo con solo tres días de antelación debe excusarse. ¡Qué diferencia con las gentes del Oriente Medio, con quien es inútil citarse con demasiada anticipación, porque la estructura formal de su sistema del tiempo coloca a todo lo que queda más allá de una semana en una categoría única de ‘futuro’ en la que los planes tienden a desaparecer de la mente”². Esto produce contrastes y hasta choques profundamente gratos, cuando no tragicómicos. Hall cuenta, entre otros, el caso de un hombre que fue a Kabul, en Afganistán, en busca de un hermano con el que había quedado en un hotel. El hombre preguntó una y otra vez por el hermano, un año tras otro, sin conseguir encontrarse con él. ¡Habían quedado en el hotel, sí, pero se habían olvidado de fijar el año! En otra ocasión dos árabes quedaron hasta once veces para verse en un determinado lugar, pero

cuando iba el uno no iba el otro. Hasta que ya la duodécima vez acordaron ir los dos de manera definitiva y segura, pero uno de ellos no fue con el pretexto de que estaba lloviendo.

Todas estas diferentes valoraciones del tiempo pueden irnos dando una idea clara de las dificultades que hay para traducir de unos idiomas a otros, de unas culturas a otras, pues las palabras que pueden parecer correspondientes en las formas luego no lo son en los contenidos; también de la superioridad de los pueblos que tienen un profundo sentido del tiempo frente a los que no lo tienen. Lo mismo se puede decir de los individuos: la justeza del tiempo en que se ha de actuar es decisiva para el éxito. El hombre templado (el que tiene buen sentido del tiempo) es el que sabe esperar, el que no se pone nervioso, el que no se atropella (el que no se *acelera* decíamos de niños en mi pueblo), el que domina la situación, el que sabe darle tiempo al tiempo.

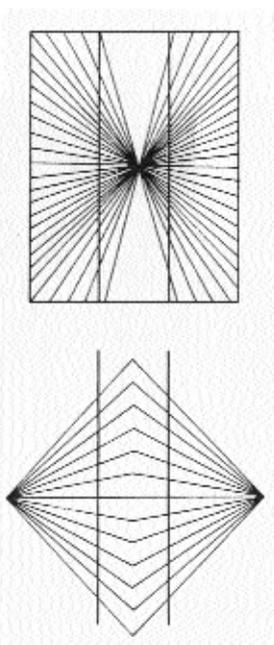
Hemos hablado del sentido del tiempo en las diferentes culturas, también en los diferentes individuos humanos, se podría igualmente hablar del sentido del tiempo en las diferentes especies animales, incluso en los diferentes individuos de cada especie, lo que es decisivo para el éxito tanto en la caza como en la defensa. Cabría preguntarse también si el tiempo es una noción innata o más bien se adquiere “con el tiempo”. Lo que podemos decir aquí es que el tiempo no es una noción que se domine rápidamente y de una vez por todas. El dominio del tiempo en un niño, lo mismo que el del espacio, es un proceso bastante largo; algunos especialistas en infancia dicen que dura más de doce años. Podemos decir que el sentido del tiempo nunca se acaba de asimilar del todo, siempre nos podemos encontrar con experiencias que nos enseñen algo nuevo, pues se trata de una noción que, además de servir para darnos razón de lo dinámico de las cosas, ella misma es dinámica. Esto es en general, pero de una forma más específica se puede entender el sentido del tiempo en lo que se refiere al lenguaje ordinario, y esto de dos maneras, como forma en la que se desarrolla el lenguaje hablado o como uso de los términos temporales. En lo que se refiere a lo segundo, la verdad es que nuestro lenguaje ordinario no es demasiado preciso a la hora de fijar el contenido de los términos temporales, es más, con frecuencia los confunde

¹ HALL, E. T.; *El lenguaje silencioso*, Alianza, Madrid 1989, p. 21.

² *Ibidem*, 17-18.

con los espaciales. En el primer caso, tenemos como ejemplo los llamados presentes históricos y otras formas de anacronía verbal; en el segundo, baste citar frases como “corredor de mucho fondo”, “vivo a diez minutos del Azoguejo”, “el más allá”, “iré alrededor de las doce”, etc.

La cuestión del tiempo tampoco es fácil de dilucidar para los hombres de ciencia, para los filósofos. Uno de los aspectos más interesantes, acaso el más filosófico es el que nos presenta el tiempo como justificación o explicación del cambio de las cosas, *el tiempo como causa*. En este sentido entendemos, por ejemplo, la edad de una persona, el tiempo vivido, que se supone es la causa de su desarrollo físico progresivo, también de su deterioro y decrepitud final.



El tiempo no lo vemos, tampoco lo oímos - por eso lo denominamos lenguaje silencioso -, no hay ningún sentido mediante el cual, a través de la impresión correspondiente (por emplear el lenguaje de los empiristas ingleses de los siglos XVII y XVIII) nos dé el tiempo como idea. Alguien me dirá que el tiempo lo vemos en un reloj. Lo que realmente vemos no es el tiempo, sino una serie de signos o de imágenes visuales que se modifican, lo que se traduce en la valoración de la cantidad de tiempo transcurrido. El espacio recorrido por una aguja a una velocidad uniforme nos lleva a la noción de tiempo. Mas con esto, como es bien sabido, no queda definido el tiempo, pues la noción de velocidad ya exige tener la de tiempo para poderla compren-

der. Conformémonos con decir que nadie es capaz de medir el tiempo de manera intuitiva pura, sin elementos de referencia que se muevan, bien visuales, auditivos, táctiles o de otra naturaleza. En el descubrimiento de la célebre tumba de Tutankamón, al encontrárselo todo tal y como se puso en el momento del enterramiento, parece como si el tiempo se hubiese detenido.

El tiempo es una idea o noción a la que hemos tenido que recurrir para explicarnos ciertas cosas, especialmente los cambios o sucesiones. Ésta es una de las primeras experiencias que el sujeto tiene en la vida: una serie de estados que se suceden. Si esta sucesión se convierte en una repetición y además se hace de una forma regular, fácilmente caemos en la tentación de pensar que lo que precede es la causa de lo que sigue. Es la aplicación del viejo aforismo latino: *post hoc, ergo propter hoc* (después de esto, luego por causa de esto). Sin embargo, como la sucesión no parece suficiente para justificar la causación, recurrimos a añadir algo o la noción de algo sustantivo que intermedie. Ese algo es el tiempo, que entendemos sirve para relacionar los estados sucesivos. No es suficiente, pues, que un estado preceda a otro para que sea su causa, sino que es necesario que haya pasado algún tiempo. Si yo dejo un vaso de leche fresca y en buen estado en un determinado lugar a una temperatura ambiente de quince o veinte grados, por ejemplo, poco después puedo bebérmela sin ningún reparo, pues tengo la seguridad de que continúa en buen estado, no así si ha pasado mucho tiempo. ¿Cuánto? Con esta pregunta, es claro que la razón del cambio o alteración la estamos planteando en términos temporales, es decir, al tiempo lo estamos poniendo como causa.

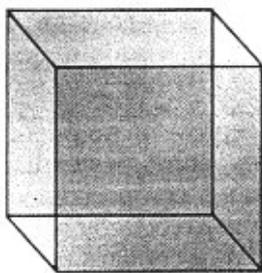
El problema fundamental que tiene cualquier ciencia para valorar los cambios en función del tiempo es el hecho comprobado de que no existe un reloj universal al que se ajusten todos los demás, lo que ha sido el principal caballo de batalla de la teoría de la relatividad.

EL SENTIDO DEL ESPACIO

Algo paralelo al tiempo, aunque substancialmente distinto, es el espacio. Comencemos por su valor semántico dentro del ámbito de la cotidianidad. La propia noción de *ámbito*, como tantas otras, es esencialmente espacial, bien que en este caso se trata de una espacialidad más figurada que real. Aunque con este término también nos referimos al espacio físico

real de la existencia de los seres. En los vivos es lo que se llama *territorialidad*, que se refiere a los animales, pero también se podía aplicar a las plantas. La *territorialidad* de ciertos animales es muy conocida, para ello marcan con señales inequívocas el territorio o ámbito que se supone les pertenece. En el caso de los lobos, por ejemplo, con unas gotas de orina, señal olfativa; en el de los osos, con ciertos arañazos en la corteza de algunos árboles, señal visual.

El hombre también es territorial. Aunque habría que distinguir diferentes grados de territorialidad, desde el más cerradamente individual al más abiertamente colectivo, siendo el más extremo y tajante el de los Estados. Aunque esto va a depender de la clase de régimen que los sustente, pues los ha habido que no han dudado en limitarlo mediante un muro de hormigón. La institución más genérica de esa territorialidad es el derecho de propiedad, que en el lenguaje ordinario se expresa con los términos posesivos: “mi casa”, “mi mesa”, “mi silla”. Ahora bien, ese “mi” no es lo mismo para todas las personas ni en todas las circunstancias, pues la relación de propiedad puede ser muy variada, lo que da lugar a una semántica tan rica como complicada y hasta paradójica a veces, ya que el lenguaje no precisa, analíticamente hablando, los diferentes valores y matices del adjetivo de propiedad. Baste para demostrarlo esta sencilla anécdota: dos estaban discutiendo sobre si los dientes de la hermosa dentadura que uno de ellos lucía eran suyos o no, hasta que el afectado zanjó la cuestión presentando la factura en la que constaba que los había pagado.



Bromas aparte, el hecho es que los objetos, cada objeto tiene su historia, su pequeña o su gran historia, lo que hace que, además del sentido de la relación espacial o estática que con él hayamos podido establecer, se nos cargue también de manera temporal o dinámica. ¿En qué medida y de qué modo? Esto va a depender de muchas cosas, especialmente de la sensibilidad de cada persona, también de los esquemas mentales en que se desenvuelva. Las hay de una

exquisita sensibilidad, que sienten de una manera muy viva los objetos queridos y usados, y son capaces de transmitírselo a otros. Aunque también se podría hablar de toda una patología del sentido del “mi”: la propiedad de una tierra, de una linde. Hay quien ha matado por haberle movido el mojón de una finca. En las relaciones personales también puede llegar a haber toda una patología de la propiedad, la que arranca, por ejemplo, del sentido posesivo del amor, cuando del *te amo* se pasa al *te quiero*.

Ya en un terreno más preciso, todos sabemos muy bien lo que significa la distancia a la que una persona se pone para hablarnos. De ahí esa frase seca de “guardemos las distancias”. Es que la distancia física significa, bien que no haya un código universal, mucho menos una geometría precisa. Lo que sí hay son ciertos códigos culturales. De ahí los conflictos en que se puede ver envuelta una persona en una cultura de la que no conoce bien el valor de las distancias, pues las que en una pueden significar respeto, en otras pueden significar frialdad. Igualmente la poca distancia en una cultura puede significar falta de respeto, mientras que en otra puede significar confianza y afecto. Esta falta de precisión y de rigor se presta a juegos que es necesario saber jugar con mucho tacto tanto en las relaciones personales como en las profesionales y, dentro de éstas, en las diplomáticas sobre todo.

¿Pero qué es el espacio? Al contrario de lo que ocurre con el tiempo, el espacio nos parece como algo perceptible, como algo que puede ser objeto de algún sentido, el de la vista y el del tacto por lo menos. Sin embargo no es difícil demostrar que el espacio puro ni es visible ni es tangible, lo que podía llevarnos a considerar que no es otra cosa que el resultado de nuestra imaginación. Así, como está generalmente admitido, los teoremas de la geometría nunca se cumplen en las figuras materiales de la física, ni siquiera en los mejores dibujos, sino sólo en las ideales de la imaginación. ¿Quiere esto decir que el espacio puro no existe, que no es más que una idea y que lo único que hay son las relaciones de las cosas? El espacio puro se puede muy bien considerar como una ilusión de nuestros sentidos, como algo que nosotros nos vemos obligados a imaginar a fin de poder dar razón de ciertas percepciones nuestras. Pero esto no quiere decir que en sí mismo no tenga entidad, que las propiedades que en él descubrimos no sean objetivas.

Es conveniente llamar la atención sobre el hecho de que ya los viejos atomistas, Demócrito y Leucipo sobre todo (siglo V a. C.), identificaron el espacio con el no-

ser, considerando a éste como una especie de vacío en el que los átomos se pueden mover. Pero llamarle no-ser no implicaba para ellos que fuese la pura negación, contra lo que había propuesto Parménides: "Sólo el ser es, el no-ser no es". Los atomistas entendían que el no-ser es algo, lo que puede parecer contradictorio, pero que no pasa de paradójico. Creo que esto lo podemos comprender muy bien en lo que hemos llamado no-signos en el lenguaje escrito, que son, por ejemplo, los espacios que quedan entre signos, que no son signos visibles, pues carecen de materialidad, pero que significan, lo que quiere decir que son algo. De momento, lo podemos entender muy bien en la escritura aritmética de todos conocida: en ella, los espacios que quedan entre signos también significan, sólo que cada hueco se identifica de manera precisa mediante un signo visible, el *ceró*. En el lenguaje ordinario, al no existir este *signo*, su escritura es menos precisa, el espacio no funciona de forma tan geométrica, lo que le proporciona un gran dinamismo. Ahora bien, se trata de un dinamismo que es posible dominar, al menos de forma relativa, gracias a la identificación de los lenguajes escrito y hablado, lo que en la antigüedad se originó por el fenómeno fonetista.

COMUNICACIÓN EXTRASENSORIAL

Al margen de toda la charlatanería que se ha generado en torno al tema de la comunicación extrasensorial, a cualquier interesado en la comunicación difícilmente le podía pasar por alto, por lo menos como hecho social y humano. ¿Hay telépatas? ¿Hay comunicación con personas fallecidas? El hecho es que hay gente que se lo cree y que se deja influenciar por los efectos, reales o imaginarios, que esa clase de comunicación parece producir. Y éste no es un tema de ayer, sino muy de hoy. Parecía que las nuevas tecnologías y el progreso mental que han producido las ciencias iban a acabar de una vez por todas con esta clase de *supercherías*, pero la verdad es que no ha sido así, sino que el tema continúa muy vivo, más vivo, según parece, a medida que más se progresa, aunque yo creo que es más que nada por la libertad que este progreso permite.

Según hoy ya se suele suponer, unos cuerpos se comunican con otros mediante ciertas energías que unos emiten y otros captan. Dos piedras sobre un pequeño solar se están comunicando de alguna manera, y están comunicando algo al que las percibe. ¿Pero comunican algo más que la mera presencia física? Me

parece que esto va a depender de la sensibilidad del que las percibe. El hecho es que la misma cosa puede emitir mensajes diferentes a los diferentes sujetos que la perciban. Desde el punto de vista objetivo, parece que es necesario que algo cambie para que cambie el mensaje, la posición de las piedras cuando menos. Ahora bien, es evidente que, unos más, otros menos, dependiendo del grado de *subnormalidad* de que estamos dotados, todos hemos sentido alguna vez la presencia de algo que después ha resultado inexistente. ¿Se trata de una percepción extrasensorial o más bien de una jugarreta de los fantasmas de nuestro cerebro? La cuestión se podría reducir al problema de hasta qué punto esta percepción puede ser compartida por otros sujetos, lo que podía darle una cierta objetividad.

Aquí habría que distinguir entre el plano individual y el colectivo. El primero es objeto de la psicología, el segundo, de la sociología. De todos es conocido el efecto multiplicador que puede tener una información difundida en una gran masa de personas, la posibilidad de que todas vean el mismo fantasma. Por otra parte, es indudable que en el ambiente que nos rodea hay una gran cantidad de energías para las que los seres humanos no disponemos del órgano receptor correspondiente. Podíamos citar los ultrasonidos, los rayos ultravioleta, también los infrasonidos y los rayos infrarrojos; de igual manera, un montón ingente de radiaciones y aún de agentes biológicos que hay en el ambiente y de los que, al natural, no tenemos percepción. La brújula nos descubre la dirección del Norte en función de la energía magnética, que a nosotros, al natural, nos pasa inadvertida. Con un receptor de radio podemos captar energías que se transforman en sonidos que podemos oír, con un receptor de televisión podemos captar energías que se pueden transformar en imágenes que podemos ver. Hoy, con esto de los teléfonos móviles, es de suponer que estemos rodeados de millones de señales que podemos captar si tenemos el receptor adecuado y debidamente dispuesto. Hay otro tipo de energías, como las radiaciones atómicas, que pueden afectar a nuestro organismo de manera muy seria, pero que no percibimos por sentido alguno de manera natural.

No es claramente decidible cuál es la frontera de nuestra percepción sensorial, cuáles son los umbrales máximo y mínimo de los estímulos que se suponen perceptibles, tampoco si los umbrales diferenciales funcionan con precisión. Conviene añadir algo, y es que en este campo es en el que se ha decidido en gran parte el éxito o el fracaso de las diferentes especies dentro del

proceso de evolución mediante la selección natural. La superioridad de una especie sobre otra se ha debido a veces simplemente a una mejor adaptación de sus órganos sensoriales a la percepción de una determinada energía. El murciélago, por ejemplo, que es capaz de percibir sonidos de una frecuencia superior a los 20.000 ciclos por segundo, que es límite al que está adaptado nuestro oído y el de la mayoría de las aves. Esto le permite, sin ser advertido por otras especies, emitir sonidos de alta frecuencia (de hasta 120.000 ciclos por segundo), lo que le resulta imprescindible para moverse en la oscuridad mediante el conocido mecanismo de localizar los obstáculos al oído, por el reflejo de los sonidos que él mismo emite, lo que no es otra cosa que un anticipo de moderno radar.

En el hombre, se puede considerar como una percepción extrasensorial clara la del tiempo. Aunque mejor debería llamarse *suprasensorial*. Nosotros, sin ningún contacto o relación con el exterior, podemos sentir el paso del tiempo. Bien es verdad que se trata de una percepción muy poco precisa, a veces profundamente errónea. Es lo que ocurre especialmente cuando perdemos el conocimiento, cuando dormimos. Pero también puede ocurrir en plena vigilia, especialmente cuando nuestra atención está absorbida por alguna actividad. Parece claro, por otra parte, que nosotros llevamos en el cuerpo una especie de reloj que marca las horas de acuerdo con ciertas necesidades periódicas como comer, orinar, dormir y otras. Aunque bien claro está que esta cronología no es en modo alguno precisa, bien que al mismo tiempo se puede decir que depende mucho de los hábitos, del entrenamiento, de las circunstancias de todo tipo, de la cultura incluso.

Con respecto al espacio ya nos hemos preguntado si es algo sustantivo o es sólo una ilusión de nuestros sentidos, algo que nuestra sensibilidad intuye y aporta de manera espontánea para dar razón de los hechos de nuestra percepción. Es lo que pensaba Kant, quien consideraba al espacio, lo mismo que al tiempo, como un *a priori* de nuestra sensibilidad. Lo que podemos añadir aquí es que la noción de tiempo, su aplicación por parte del sujeto, es determinante en el momento de percibir y valorar un mensaje sonoro, pues el desarrollo de éste se hace en el tiempo. Sabemos que un texto escrito sólo lo entendemos cuando lo leemos, cuando lo temporalizamos, pero no de cualquier manera. Así, una simple pausa cambiada de lugar puede cambiar el mensaje de manera total. Según un viejo chiste, en un periódico apareció un anuncio que decía: "Se necesita

camarero; inútil presentarse sin referencias". Un lector poco avezado, o quizá malicioso, lo leyó así: "Se necesita camarero inútil; presentarse sin referencias".



La temporalización se produce cuando de las imágenes visuales de la escritura se pasa a las auditivas de la lectura, cuando de la letra se pasa a la música. En todo texto hay un sentido que se desprende de su lectura, sentido que puede considerarse objetivo, aunque también puede haber lagunas de subjetividad, las que dimanen del estado del sujeto, del sentido del tiempo que tenga de manera natural o del que haya ido desarrollando a lo largo del tiempo.

Algo similar se puede decir del espacio. ¿Cómo lo percibimos? El espacio puro no lo percibimos realmente, pues no puede ser objeto de ningún sentido, ya lo hemos dicho, más bien lo imaginamos. Nos ayuda a esto la percepción de elementos físicos mediante la visión o el tacto, también mediante la olfacción y aún mediante la audición. Hay animales que han mantenido el olfato como medio fundamental de comunicarse con el medio natural, lo que quiere decir que por este sentido son capaces de percibir la forma y el tamaño de los objetos. Nosotros también localizamos por el oído. Esto se debe a que nuestra audición es estereofónica, es decir, a la no identificación temporal de la imagen sonora de nuestros dos órganos auditivos.

De todas las maneras, el sentido del espacio o el espacio mismo como forma en la que se dan las impresiones de los sentidos exteriores, a pesar de no ser nada material, a pesar de no poder ser en sí mismo objeto de

nuestras impresiones, es decisivo a la hora de hacer significar a los signos visuales. Esto es evidente en la pintura y más aún, creo yo, en la escritura. En la primera, con unos pocos elementos visuales sobre una superficie en blanco, es posible ofrecer significados muy profundos y aún muy complejos. En la escritura, la distribución de los signos visuales o materiales sobre una superficie generalmente en blanco, en forma de líneas más o menos rectas, bien de izquierda a derecha como en el griego y en todos los idiomas occidentales, bien de derecha a izquierda como en el árabe y en el hebreo, bien de arriba a abajo como en el chino y en otros idiomas orientales, es fundamental para su interpretación, para la captación del mensaje que se quiere dar.

Ocurre lo mismo que con cualquier clase de objetos y sus correspondientes impresiones. Si entramos en una habitación, fácilmente captamos mucho más de lo que nos emitirían los objetos en sí o por separado. Su disposición, por ejemplo, puede ser una fuente inagotable de significaciones. Es más, la contemplación de lo que allí está puede remitirnos incluso a hechos y a cosas que no están.

En resumen, hay una percepción extrasensorial que podía considerarse como una hipersensibilidad de ciertos individuos para determinadas energías o estímulos. Existe también una percepción extrasensorial que podía calificarse de normal y que nosotros hemos llamado *suprasensorial*, en el sentido de que somos capaces de percibir algo que no es ni puede ser objeto de la sensibilidad orgánica, el espacio y el tiempo como formas más genéricas de la percepción y de lo que en ellas se da.

LAS IDEAS O CONCEPTOS

En esta percepción *suprasensorial*, además del espacio y del tiempo como formas, intervienen también las ideas o conceptos. De tal manera que la percepción de cada individuo es más rica cuanto más rico

sea el sistema de conceptos de que disponga. En una operación a corazón abierto, por ejemplo, un experto cirujano de esta especialidad ve mucho más que un profano. Esto, como es evidente, no va a depender de la agudeza visual, sino de la riqueza mental, de la riqueza de conceptos o ideas de que pueda disponer. Lo mismo va a ocurrir en la lectura de un texto o en la visión de cualquier otro objeto.

LA COMUNICACIÓN CON EL MÁS ALLÁ

Queda la forma de comunicación con seres que no están presentes, bien porque han muerto, bien porque no hay forma de intercambiar signos materiales con ellos por la distancia, tanto espacial como temporal como conceptual, insalvable a que se encuentran. Aquí es fácil entrar en el terreno de la ciencia-ficción. No obstante, ha habido hombres de ciencia muy ilustres que se han tomado el tema con toda seriedad. Carl G. Jung, por ejemplo, uno de los más ilustres discípulos de Freud, influido por el pensamiento oriental, no dudó en dar pábulo a esta clase de experiencias más allá de las posibilidades de nuestros sentidos físicos, incluso con seres ya fallecidos. Refiere algunos hechos de esta clase sacados de su propia experiencia, especialmente premoniciones o avisos del más allá, que después, según él, han resultado ciertos. Unos pueden resultar sugestivos y aún inquietantes, otros hacen sonreír. Lo único que cabe apuntar aquí es que este autor, muy imbuido por el espíritu oriental como hemos dicho, no suele distinguir entre el lenguaje simbólico y el real, lo que le lleva a tomar al pie de la letra y con una mentalidad plástica o material como es la occidental muchas cosas que están concebidas y expuestas desde una mentalidad *acústica* o *simbólica* o *espiritual* como es la oriental³.

El lenguaje simbólico nos abre un campo inmenso de significaciones más allá de la materialidad de los signos, lo que se convertiría en un capítulo especial del lenguaje silencioso.

³ JUNG, C. G.; *Recuerdos, sueños, pensamientos*, Seix-Barral, Barcelona 1981, p. 126 y ss.